

¿GANAN MÁS SI SIGO ESTUDIANDO?

Pedro Flores-Crespo^I, Dulce C. Mendoza^{II} y Salvador Ruiz de Chávez^{III}
Pedroa.flores@uia.mx

La relación entre vocación, elección escolar y desempeño profesional es un tema de interés para la orientación y planeación educativa que, a nuestro juicio, merece mayor atención y estudio. Es necesario comprender cabalmente la relación que existe entre la decisión individual con los intereses colectivos y, sobretodo, identificar a qué grado las influencias familiares y sociales tienden a distorsionar la imagen de la educación, específicamente la de sus posibles beneficios.

Bajo condiciones económicas adversas y de desempleo ¿sirve de algo ir a la universidad? Las respuestas a esta pregunta son muy variadas y van desde opiniones de un familiar que habla con base en evidencia anecdótica, hasta la exaltación del déficit de empleo por parte de un profesor, de un empleador o de algún medio de comunicación. Este artículo se aleja de estas perspectivas y sostiene que la educación sigue teniendo una fuerte influencia en la calidad de vida de las personas. La discusión parte de lo que aquí se ha denominado como “cuatro mitos sobre la educación superior,” para después cuestionarlos con base en evidencia empírica. Un mito, según el Diccionario de la Lengua Española, es un relato o noticia que desfigura lo que realmente es una cosa y le da apariencia de ser más valiosa o más atractiva.

Se invita al lector a reflexionar sobre la vocación, el beneficio de estudiar y las posibilidades de vida que tenemos los seres humanos.

Vocación y desarrollo

Octavio Paz decía que las vocaciones “son misteriosas” y se preguntaba: “¿Por qué aquel dibuja incansablemente en su cuaderno escolar, el otro hace barquitos o aviones de papel, el de más allá construye canales y túneles en el jardín, o ciudades de arena en la playa, el otro forma equipos de futbolistas y capitanea bandas de exploradores o se encierra solo a resolver interminables rompecabezas? Nadie lo sabe a ciencia cierta”, dice Paz, “lo que sabemos es que esas inclinaciones y aficiones se convierten, con los años, en oficios, profesiones y destinos”.¹

En esta nota de Paz se advierte la importancia que tiene la vocación en el desenvolvimiento humano y profesional de las personas. Paz confesó que desde niño tuvo una profunda vocación poética que, como sabemos, lo convirtió en una de las figuras capitales de la literatura hispanoamericana.

Es innegable que las inclinaciones hacia cierta profesión u oficio juegan un papel esencial en la construcción del destino de las personas. Por ello orientar a alguien en este sentido es una tarea de alta responsabilidad. Ofrecer al joven información fundada y objetiva sobre sus distintas opciones educativas es ayudarlo a diseñar su futuro. Por esta razón, es preocupante que existan mitos que ensombrecen la percepción que se tiene de la educación. Estos mitos o ideas mal concebidas, pero poderosamente influyentes, pueden cambiar las decisiones escolares de los jóvenes y sus familias, por lo que consideramos de gran utilidad hacer un repaso de ellos y tratar de mostrar en qué grado son realidad o simple desfiguración de lo que realmente es una cosa.

Cuatro mitos sobre la educación superior

Mito 1: Cualquiera puede ganar igual o más que un egresado de la universidad.

Contrariamente a lo que se pudiera pensar, en las estadísticas nacionales se muestra que a mayores niveles de escolaridad existe la probabilidad de recibir un ingreso económico más alto. La gráfica 1

* Este artículo fue publicado originalmente en el suplemento Campus del diario Milenio (23.03.06).

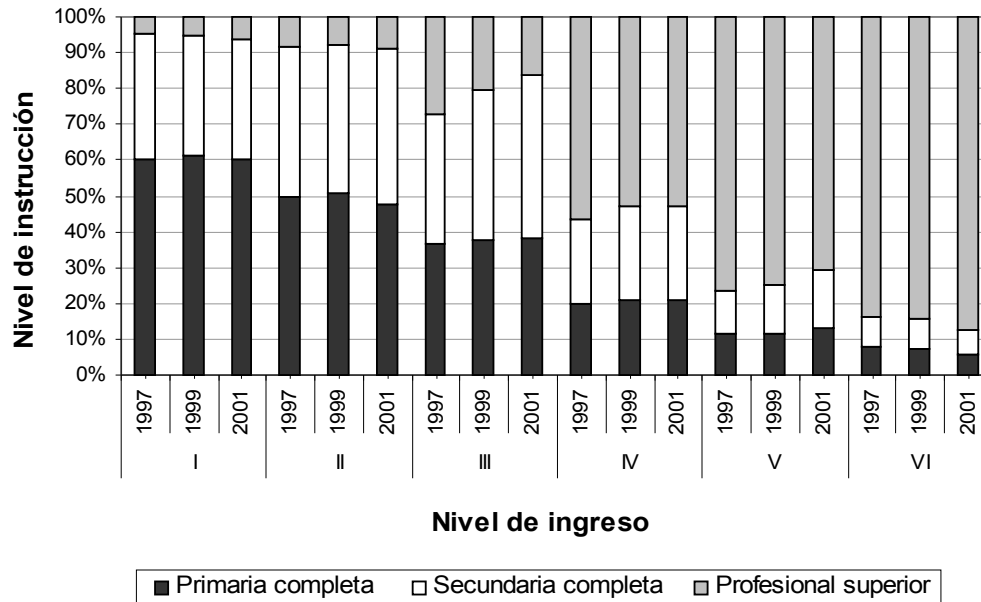
^I Investigador del Instituto de Investigaciones para el Desarrollo de la Educación (INIDE) de la Universidad Iberoamericana (UIA)

^{II} Estudiante de la Maestría en Investigación Educativa, UIA.

^{III} Ex director de la FCA-UNAM.

muestra que la proporción de personas con un nivel de escolaridad baja es mínima en las cohortes más altas de ingreso económico y esto, tal parece, no ha variado a través del tiempo. En cambio, en las cohortes más desfavorecidas en términos económicos se concentran las proporciones más altas de población que cuenta solamente con estudios de primaria completa.

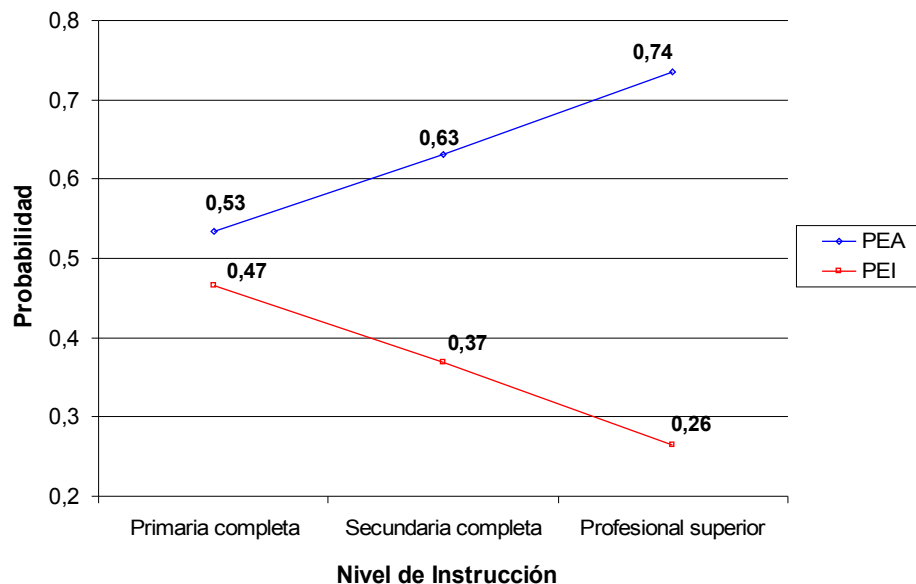
Gráfica 1: Relación entre escolaridad e ingresos, 1997-2001



Fuente: Elaboración propia con base en la *Encuesta Nacional de Educación, Capacitación y Empleo*, 1997, 1999, 2001. INEGI: México

Por otra parte, Alejandro Márquez² hace notar que a mayores niveles de escolaridad se incrementa la probabilidad que tienen las personas de participar en el sector productivo. Esto se puede corroborar en la gráfica 2, la cual muestra que la oportunidad de formar parte de la Población Económicamente Activa (PEA) es mayor si aumenta el nivel educativo. De tal manera que una persona con primaria completa tiene 53 por ciento de probabilidad de ocupar un espacio en el sector laboral mientras que una persona que pudo alcanzar una formación académica superior tiene una probabilidad de 74 por ciento.

Gráfica 2. Probabilidad de formar parte de la PEA y de la PEI por nivel educativo



Fuente: Elaboración propia con base en la *Encuesta Nacional de Empleo, 2004*. INEGI: México.

Una vez visto que existe una estrecha relación entre nivel de escolaridad y los beneficios laborales y económicos cabría resaltar que la escolaridad además genera otro tipo de beneficios no monetarios (externalidades) que influyen sustancialmente en el mejoramiento de las condiciones de vida de la gente.

Amartya Sen³, premio Nobel de Economía 1998, sostiene que aun cuando dos personas tengan el mismo ingreso, aquella que recibió educación puede leer, comunicarse, argumentar, elegir de una manera más razonada y ser tomada más en cuenta por los otros que aquel individuo que no pudo, o no tuvo la oportunidad de involucrarse en un proceso de enseñanza-aprendizaje. Una persona que asista a la universidad y se forme académicamente puede ampliar sus posibilidades de vida. Es decir, puede tener una mayor capacidad para dirigir su destino como desea, lo cual, para Sen, es una de las bases fundamentales para alcanzar calidad de vida. Para este autor, el bienestar no reside en la cantidad de bienes que las personas pueden acumular sino en el conjunto de libertades que los individuos tenemos disponibles para actuar y desarrollarnos libremente dentro de cualquier contexto.

En resumen, la educación no sólo acarrea beneficios económicos – que son centrales para ampliar las libertades humanas – sino que también produce otros efectos no económicos o materiales que enriquecen enormemente la calidad de vida de las personas. Este punto bien podría sustentarse con ayuda de la cita de un joven egresado de la Universidad Tecnológica de Nezahualcóyotl (UTN), que al momento de entrevistarlo, desafortunadamente no tenía empleo. En la entrevista, dicho joven comentó que cuando ingresó a la UTN sólo lo hizo para no “quedarse” pero una vez que terminó sus estudios y que trabajó, quiso seguir estudiando por mera superación personal y agregó: “Mi sueño es ser ingeniero [...], mi mentalidad cambió, sé que puedo hacerla”. Otra joven de la misma región pero ésta sí con empleo, dijo que de no haber estudiado, todavía estaría “atrapada en el mismo círculo social”, entonces, cuando comprendió que tenía las “armas y las herramientas”, tuvo el valor de salirse de ese circuito y empezó a buscar mejores oportunidades, otro empleo y además, conoció a gente diferente. Por estas razones, la joven concluye que la educación proveída por esta institución, le “aportó muchos beneficios”⁴.

Impulsar la superación personal, cambiar la mentalidad, sentir confianza de sí mismo gracias a la adquisición de conocimiento y a la socialización escolar son beneficios que la educación universitaria puede promover y que tienen una relación muy cercana con el hecho de vivir una vida más plena en términos de realización humana. Ahora, si a esto se agrega que como resultado la formación académica puede desarrollarse la capacidad de lograr un empleo en una ocupación digna y que por ello, se reciba una retribución económica, las razones para defender la importancia de la educación son fuertes.

Si sólo establecemos la preeminencia de los valores económicos o productivos de la educación sobre otros valores sustanciales (realización humana) generaremos una miopía que impedirá concebir a los seres humanos más allá de su rol de trabajadores y no creemos que nos agrade ser vistos como un mero trabajador de empresas o escuelas.

Esta discusión es útil porque nos remite a una pregunta inicial del texto: ¿Para qué estudiar? ¿Por qué motivar a un joven que vaya a la universidad? Bajo adecuadas oportunidades sociales, pedagógicas e institucionales, la educación universitaria puede contribuir sustancialmente a la ampliación de posibilidades de vida de las personas. Esto, sin embargo, no significa que la educación pueda resolverlo todo o que es la panacea para salvarnos de las malas decisiones políticas, económicas y sociales. La educación no puede redimirnos de todos los males y esto lo discutiremos enseguida.

Mito 2: La educación es la fuente “por excelencia” que genera crecimiento y desarrollo

Las raíces de esta idea, es decir, de concebir a la educación como “la gran salvadora” se acentúa, entre otras cosas gracias al auge de la teoría del capital humano, cuya aportación fue demostrar que la educación es una inversión y no un gasto, dado que genera beneficios económicos a través del tiempo. Este trascendental reconocimiento se transformó, sin embargo, en una sobrevaloración de los efectos y beneficios de la educación.

El problema de esta perspectiva, es que sugiere una sobreestimación de los alcances reales que puede tener la educación y no toma en cuenta la necesaria articulación que debe tener con otros ámbitos de la vida social, como el económico, cultural, político e incluso el familiar. ¿Cómo la educación puede responder de manera más adecuada a las altas expectativas que la sociedad le ha asignado? Sin tratar de ser exhaustivos, podemos decir que es indispensable incentivar la autonomía tecnológica del país, reemplazar los tradicionales métodos de selección y reclutamiento de personal por otros modernos, fomentar el aprovechamiento sustentable de los recursos naturales, y sobre todo, apoyar la justa distribución de los ingresos. Sin políticas sociales y económicas articuladas y sin arreglos institucionales eficaces, la educación no podrá desplegar de manera amplia y real sus potencialidades. Aunque la educación sea un factor fundamental para el mejoramiento del nivel de vida de la población, no debe ser visto como el único factor del cual depende esta posibilidad. Ello, requiere su articulación con otros ámbitos de la vida social.

Mito 3: Es necesario reducir la matrícula de las universidades porque ya no hay trabajo para los egresados

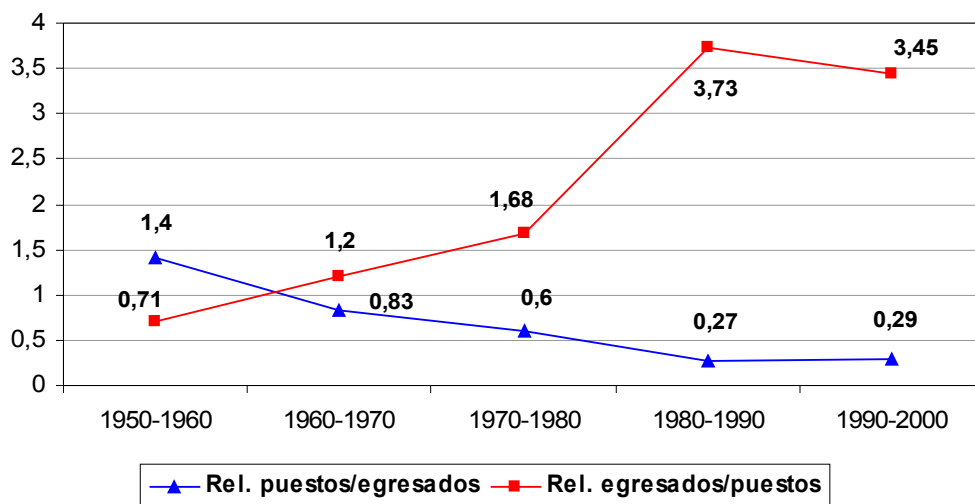
En México, la problemática del desempleo de profesionistas es una realidad. No debemos cerrar los ojos ante este hecho. El mercado laboral no ha podido absorber a la gran cantidad de jóvenes que anualmente egresan de las instituciones de educación superior (IES). Según el Observatorio Ciudadano de la Educación (OCE): “En la actual coyuntura económica, la probabilidad para un egresado de la educación media o superior de encontrar una ocupación formal remunerada, apropiada a su nivel y perfil de conocimientos es muy escasa. Menos de 20 por ciento de los egresados del sistema educativo consiguen un empleo de tales características en su primera inserción laboral”⁵.

Las cifras que reflejan los niveles de desempleo de los egresados de educación superior en fechas recientes son desalentadoras. Según datos del INEGI para 2004, del total de desempleados que habitan en las áreas más urbanizadas del país, 45.2 por ciento tienen nivel de educación media superior y superior, mientras que este porcentaje corresponde a 17.5 por ciento para las personas

con estudios de primaria completa⁶. Estos datos reflejan la magnitud del problema: casi la mitad de los desempleados (en zonas urbanas) son egresados de instituciones de educación media superior y superior.

No obstante, este fenómeno, al que algunos han denominado “desempleo de lujo” se puede explicar por la capacidad económica que tienen los hogares de las personas más instruidas, para enfrentar periodos más largos de inactividad en la búsqueda de mejores oportunidades laborales. No obstante, explicar las causas de este fenómeno no debe servir para subestimar las consecuencias del desajuste entre oferta laboral y demanda de profesionales. Hay una gran diferencia entre el hecho de tratar de comprender un fenómeno social y justificarlo. En esa primera dirección, Carlos Muñoz Izquierdo argumentó que la capacidad de nuestra economía para incorporar productivamente a quienes terminaron sus estudios profesionales empezó a ser menor que la velocidad a la que se expandió el egreso de las universidades. El investigador calculó que desde la década de los ochenta había ya más de tres egresados por cada puesto laboral en el sector productivo (ver gráfica 3).

Gráfica 3: Relación entre el número de empleos disponibles y el total de egresados universitarios



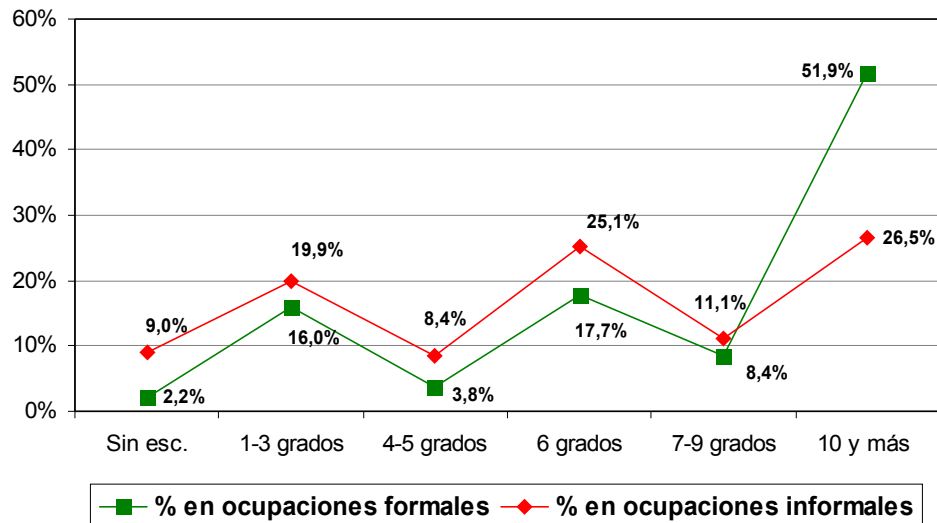
Fuente: Muñoz-Izquierdo, C. Elaboración propia, basada en estimaciones de D. Lorey (1993) y C. Muñoz, (1998).

Al tomar en cuenta lo dicho por Muñoz-Izquierdo, surge una pregunta: ¿Qué estarán haciendo aquellos dos que no pudieron insertarse al mercado laboral? Por un lado, una hipótesis a probar es que estén desempleados o subempleados, lo cual no solamente causa una pérdida de recursos monetarios para subsistir, sino también un grave sentimiento de frustración que finalmente podría dañar su salud física y mental. Pero, por otro lado, Muñoz apunta que los jóvenes que se encuentran excluidos del mercado laboral probablemente han tenido que aceptar ocupaciones menos especializadas que aquéllas para las cuales fueron formados. Este fenómeno se conoce como sobrehabilitación, el cual puede causar tanto baja productividad para la empresa como desesperanza en los jóvenes al experimentar, objetiva y subjetivamente, que no están aplicando sus conocimientos y destrezas en las ocupaciones laborales para las cuales teóricamente fueron preparados.

Pese a este triste panorama, quisiéramos ahora comentar la otra parte de esta verdad. Para poder orientar a los jóvenes en sus decisiones escolares tenemos que ampliar la visión y hablar también con fundamento de los fenómenos que cuestionan el mito de que ya no hay que enviar a jóvenes a la universidad porque no hay empleo. Con base en los datos contenidos en la gráfica 4, Muñoz Izquierdo sugiere que los jóvenes que adquieren mayores dosis de educación formal pueden

desempeñar ocupaciones de mejor calidad. Entonces, entre más se avance en términos de escolaridad se tienen mayores probabilidades de ejercer ocupaciones formales.

Gráfica 4: Porcentaje de la población que desempeña ocupaciones formales e informales, según nivel educativo, 1998



Fuente: Muñoz Izquierdo con base en datos de la Secretaria del Trabajo y Previsión Social, 1994.

Otro punto que ayuda cuestionar este mito 3 son las bajas tasas de cobertura de México en el nivel de educación superior. ¿Cómo es posible que, para el 2005 sólo 23 por ciento⁷ de los jóvenes en edad de ir a la universidad (19-23 años), lo hagan? Esto quiere decir que mientras que en México sólo 23 jóvenes de cada 100 asisten a la universidad, en otros países latinoamericanos como Argentina y Chile esta proporción era, en 2005, de 60% y 42% respectivamente (UNESCO,2005: www.uis.unesco.org). Un argumento más para cuestionar esta idea conservadora es que, al desagregar las tasas de cobertura por entidad federativa, nos encontramos ante un panorama muy desalentador. Por ejemplo para 2003, 17 estados de la República se encontraban por debajo de la media nacional (20.59)⁸.

Incrementar la matrícula en educación superior tiene, según Clemente Ruiz, impactos positivos en la economía de los países. En un estudio realizado por dicho autor, afirma que países como Argentina, Chile y Corea han aumentado en forma importante el matriculado en educación superior con el fin de hacer frente al reto de la competitividad nacional. Y considera que, este grupo de países ha entendido la necesidad de masificar el sistema de educación terciaria, como un elemento estratégico en el desarrollo de sus economías.⁹ Es importante mencionar que este crecimiento debe darse teniendo como referencia la diversificación, la calidad y la equidad. Sobre el último punto se puede decir que, al expandir y aumentar los lugares en las universidades, se debe dar acceso a los grupos históricamente excluidos de la educación superior. El *Programa Nacional de Educación 2001-2006* diagnóstica, por ejemplo, que la participación de estudiantes indígenas en la educación superior es “mínima”. Si dijimos que la educación superior puede contribuir a impulsar la superación personal, cambiar la mentalidad de los jóvenes, promover la confianza en sí mismos y, además, aumentar sus ingresos económicos, es muy difícil sostener que, como no hay empleo, hay que contener la expansión de lugares dentro de las universidades.

Con base en lo expuesto - y para concluir con el mito 3, sería importante preguntar: ¿Es justo llamar a las instituciones de educación superior “fábricas de desempleados”? ¿Es la universidad responsable

de no poder colocar a sus egresados en los puestos que éstos tienen razón de demandar? Así como cuestionamos a las universidades y a sus programas académicos con relación a su relevancia práctica, también debe criticarse la política económica e industrial actual, la cual no ha sido capaz de crear los empleos que las personas altamente formadas demandan. Los responsables de tales fracasos no están necesariamente ni exclusivamente dentro del sector educativo.

Mito 4: Hacen falta más técnicos que licenciados en el mercado laboral

Desde hace tiempo, pero especialmente desde que se decretó la modernización del país a finales de la década de los ochenta se ha tratado de promover la idea de que las formaciones técnicas son más relevantes para los jóvenes que las licenciaturas. Para sustentar esta aseveración, exfuncionarios de la Secretaría de Educación Pública (SEP) mostraron datos como los que se presentan en la siguiente tabla:

Tabla 1 Estructura del empleo en México y otros países

Tipo de empleo	Nivel ISCED	Porcentaje de población empleada en la economía formal			
		México	Italia	Suiza	Francia
Directivos y profesionales	6 y 7	3.7	10	17	18
Ocupaciones intermedias y "profesionales asociados"	5	3.2	15	17	16
Operadores y técnicos	3	10.6	35	30	31
Técnicos con habilidades básicas y obreros	2	82.5	40	36	35

Fuente: Reséndiz, D. (1998). "La vinculación de universidades y empresas: un asunto de interés público y privado", en *Revista de la Educación Superior* 102, (106), 55-64, México, ANUIES.

La ISCED se refiere a la Clasificación Internacional Normalizada de la Educación desarrollada por la UNESCO y la cual, ordena los niveles de preparación académica de acuerdo con su nivel de especialización. Así, un nivel académico avanzado adopta los números más altos mientras que los estratos de escolaridad básica, los números más bajos.

Según estos datos, es cierto que México carece de técnicos superiores o profesionales asociados que ocupen posiciones intermedias en las empresas. No obstante, los planeadores educativos omiten decir que también hay escasez de personas empleadas con niveles académicos avanzados. El porcentaje de estos profesionales es casi igual al de los técnicos (3.7 y 3.2, respectivamente). Por esto, surge la pregunta ¿por qué no promover, a la par de los niveles 5 de la ISCED, los de licenciatura y posgrado? La respuesta apunta a lo que comentamos en el mito 1: Al no crearse empleos para gente altamente calificada se pretende ajustar la oferta laboral con la demanda educativa formando más técnicos que licenciados.

En el nivel de planeación es relativamente fácil sugerir estos ajustes, pero en la realidad esto es más complicado. ¿Cómo dirigir la demanda de jóvenes hacia los estudios técnicos intermedios? Un camino pueden ser la mentira y la creación de falsas expectativas sobre el futuro laboral de los jóvenes que están por elegir una universidad. Otras estrategias mucho más apropiadas pueden ser la

consulta de los espléndidos catálogos de carreras que algunas universidades han producido y la indagación de sitios electrónicos tan importantes como el *Observatorio Laboral* (www.observatoriolaboral.gob.mx) que ofrece información en línea sobre tendencias de las ocupaciones, el nivel salarial de éstas, las carreras con mayor número de personas empleadas y un recurso que seguramente hubiera sorprendido a Octavio Paz: el Sistema de Información para la Vinculación de los Intereses Vocacionales con el Mundo del Trabajo. Sin duda alguna, identificar las inclinaciones de los jóvenes es clave para poder crear las oportunidades para que se desarrollen académicamente y guíen sus destinos como ellos elijan.

Una estrategia seguida por el gobierno mexicano en décadas recientes ha sido la creación de las universidades tecnológicas (UTS) que ofrecen estudios a nivel técnico superior. Sin menospreciar este acierto (que va en el sentido de expandir el sistema educativo con diversificación), también debemos pensar que a pesar de que el modelo de las UTS ha sido muy importante para captar a jóvenes de zonas relativamente deprimidas, a quince años de su creación no se ha logrado la meta planeada en términos del número de alumnos inscritos en estas instituciones. Se esperaba que para el 2006 hubiera 150,000 estudiantes dentro de las UTS, sin embargo los últimos datos reportados son de 67,107 estudiantes¹⁰.

¿Si hay carencia de profesionales técnicos y es, según los funcionarios, este tipo de formación tan relevante para el crecimiento económico, por qué los jóvenes en su mayoría no eligen esta opción? Parece que para algunas autoridades del ramo educativo la culpable de esto es “la cultura” que, según ellos, privilegia el estatus profesional sobre la real adquisición de conocimientos, “la sociedad no entiende las bondades de ser técnico”.

Desde nuestra perspectiva, la cultura puede tener un peso importante dentro de la elección escolar de un individuo, pero no consideramos que sea determinante, habría que poner atención también a las señales que manda el mercado laboral a los jóvenes para elegir tal o cual institución de educación superior. Marisol Silva asegura que los ingresos percibidos por los Técnicos Superiores Universitarios (TSU) son significativamente más bajos que aquéllos recibidos por los profesionales con licenciatura “peor pagados”¹¹. Esta aseveración puede corroborarse al analizar los niveles salariales de las personas que han obtenido distintos tipos de educación superior (Ver tabla 2).

Tabla 2. Ingreso promedio mensual por tipo de educación superior

Nivel educativo	Ingreso
Ingenieros en mecánica industrial, textil y tecnología de la madera	\$10,621*
Licenciados en administración	10,283*
Ingenieros eléctricos y en electrónica	10,056*
Técnico Superior Universitario en electrónica	5,300**
TSU (promedio)	4,731**

* Los ingresos se refieren al sueldo mensual neto percibido en el tercer trimestre del 2005

** Se refiere al sueldo promedio mensual de 1994 a 2004

Fuente: Observatorio Laboral www.observatoriolaboral.gob.mx, consultado el 28.02.06 y Sistema de Información sobre Vinculación de las Universidades Tecnológicas, CGUT-SEP, 2006.

La tabla 2 confirma que existe una significativa diferencia entre los ingresos¹² de los técnicos y los ingresos de los licenciados o ingenieros. Mientras que un TSU en electrónica recibe un ingreso promedio mensual de Mx\$5,300, un ingeniero de la misma especialidad alcanza un salario de Mx\$10,056. Ante tales hechos, ¿por qué no querer ser ingeniero en lugar de técnico superior universitario? Estos datos muestran que la elección de un tipo de educación por otro parece estar justificado. Para lo que algunos es algo culturalmente condicionado, para otros es fundamentalmente

racional. Lo importante es investigar más a fondo a qué se deben esas diferencias salariales, si es un problema estructural relativo a los tradicionales esquemas de retribución salarial que omiten la figura del TSU o a la *real* disparidad de conocimientos entre un TSU y un ingeniero o licenciado.

Reflexiones finales

Desmontar algunos mitos que rodean al sistema de educación superior fue propósito central de este escrito. Se mostró que a mayores niveles de escolaridad, mayores son las posibilidades de ampliar nuestras opciones de vida y por lo tanto, a la educación se le debe seguir dando el reconocimiento y el peso que tiene, sin que esto signifique atribuirle una fuerza casi mágica de cambio y transformación.

Al contar con información veraz y oportuna sobre las inclinaciones profesionales y las posibilidades de desarrollo profesional se pueden mejorar los procesos de elección escolar y familiar y esto es clave para el desenvolvimiento individual. En cambio, si se opta por seguir las creencias, la evidencia anecdótica y por tomar los ejemplos particulares como generalidades se corre el riesgo de no aprovechar las ventajas y beneficios de la educación universitaria. Pese a la problemática laboral que enfrenta nuestro país, la formación académica universitaria tiene, como hemos argumentado, aún mucho que ofrecer.

Agradecimientos

Gracias a Alejandro Márquez, Carlos Muñoz Izquierdo, Roberto Rodríguez, Ángeles Núñez Gornés, Marisol Silva y a la Coordinación General de Universidades Tecnológicas-SEP por sus comentarios y apoyo para la elaboración de este escrito.

Referencias

- ¹ Paz, O. 1997, Nuestra Lengua, en *La Jornada*, 08.04.91, México.
- ² En conversación personal, febrero 2006.
- ³ Sen, A. 1999. *Development as freedom*. Gran Bretaña, OUP..
- ⁴ Flores-Crespo, 2005. *Educación superior y desarrollo humano: El caso de tres universidades tecnológicas*. México, ANUIES, citado en p. 121-2.
- ⁵ Observatorio Ciudadano de la Educación (2005). “Jóvenes y empleo”. Debate educativo 8. <http://www.observatorio.org/comunicados/debate008.html> consultado el 13/02/2006.
- ⁶ Véanse los cuadros contruidos con datos del INEGI que se publican en Observatorio Ciudadano de la Educación. “Subempleo y trabajo decente” en *Diario monitor*. 06.04.05, p. 6a.
- ⁷ Fox, V. (2005) “*V informe de gobierno*”. México, Poder Ejecutivo Federal, p.13.
- ⁸ Silva, M. et al., 2005. *Valoración del Cumplimiento de Metas del Subprograma Sectorial de Educación Superior del PRONAE 2001-2006*. INIDE-UIA. México.
- ⁹ Ruiz, Clemente, 1997. *El reto de la educación superior en la sociedad del conocimiento*. México, ANUIES. p.39
- ¹⁰ Silva, M. 2005. *La calidad educativa de las universidades tecnológicas: la relevancia, la formación profesional y el desempeño laboral*. Tesis doctoral. Universidad Iberoamericana, Puebla.
- ¹¹ Ibid.
- ¹² Para los fines de este artículo se usan indistintamente los términos ingreso y salario.